

horas en la iglesia del camino, en el templo de la piedad y del perdón, cuya entrada no hubiera creído nunca tan difícil.

Cuando amaneció detrás de la escarcha estrellada de las ventanas, fué á ponerse á la disposición de su vecino.

XIV

Una mañana de Mayo, vaporosa y suave, Chuchín subía por el Sena en su bote de guarda-pesca, provisto de la placa administrativa. Iba de Athis á Evry, buscando á lo largo de la ribera nuevos puntos donde echar las redes en la temporada próxima. Bastaba verle bogar, observar su manera floja de darle al remo, así como sus costumbres actuales de embriaguez y de charlatanería para comprender que el amo estaba ausente y desde hacía mucho tiempo. Todo el río era del guarda-pesca. Los lanchones que bajaban hacia París le daban algún trago que beber y el decía desde lejos cuchufletas á las mujeres de los barqueros y á las lavanderas que trabajaban junto al puente, donde se cantaba mucho más que en todas las arboledas inmediatas. Chuchín acababa de charlar con las lavanderas, que le amenazaban con sus paletas de batir la ropa, cuando al levan-

tar la cabeza en un movimiento de los remos vió al elegante y siniestro Sr. Alejandro, apoyado contra el pretil del puente.

El padre de Rosa permaneció un instante haciendo que remaba junto al estribo del puente, á la vez que murmuraba, observando al antiguo mozo de comedor. « ¿ Qué busca por ahí ese tunte? La verdad es que no pierde una palabra de las anécdotas del lavadero, donde se hace en grande la lejía de la comarca ; pero el Sr. Alejandro sabe mucho más que esas comadres, á las que podría dar lecciones... No, haciendo que mira al fondo del agua, vigila la estación. De seguro que espera á alguien... »

Dió dos golpes de remo y salió de la sombra, exclamando con su voz cascada y burlona :

— ¿ Está V. echando ya carnada, Sr. Alejandro? Sin embargo, pasará tiempo antes de que se inaugure la pesca.

El otro pareció contrariado, se puso los lentes y ganó así unos segundos en que buscar algo que decir.

— Lo has adivinado, viejo Chuchín ; estoy acechando por aquí un fondo de pececillos que no serán para tus redes... Paróse, oyendo los ruidos de la estación ; pero lo que tomó por el tren ascendente, que iba á París, era el lejano re-

tumbar de la esclusa. Luego continuó, mirando al bote : « ¿ Y en casa de ustedes, qué hay ? ¿ El amo sigue sin volver de su Argelia ? »

— Farsante ; como si Rosa no te contara cuanto ocurre en la casa.

El Sr. Alejandro hizo una mueca. Siempre evitaba hablar de Rosa con su padre, por un sentimiento que aquel barbarote no comprendía y quizás también por temor á explicaciones desagradables. « Eh, Chuchín, le gritó para cambiar de conversación ; mira tu inquilino que va á la bogeda. » En efecto, el tío Jorge salía de su casucha, pestañeando al vivo resplandor del día, con las piernas flaqueándole y llevando en la mano una interminable caña de pescar.

— ¡ Sin vergüenza!... gruñó el guarda-pesca con el desprecio rencoroso del campesino hacia el hombre que ya no puede trabajar, cuidado que es idea recoger ese saco de piojos... ¿ Qué quiere hacer con su caña?... pero si no está abierta la pesca...

— ¿ No has visto que lleva una botella atada en la punta? Hace su provisión de agua de Sena... míralo... cuidado que tiene gracia.

Como la orilla estaba muy alta, el viejo había ideado aquel medio de llegar hasta el río. Pero las aguas estaban bajas y tuvo que tenderse, que

alargarse, en el impotente esfuerzo de su antigua armazón. Alejandro y Chuchín se divertían mucho con esta pantomima.

— Va á hacerse reventar el pellejo.

— La verdad es que está cerca de la orilla, su cabeza va á arrastrarlo de seguro... ¡ Eh, tío Jorge, cuidado!... ¡ Ya está!...

Un grito de angustia, desesperado y salvaje, uno de esos rancos clamores en que el ser pone toda su vitalidad, hizo retumbar las dos orillas. El movimiento de los cañaverales indicó el sitio donde el viejo acababa de caerse cabeza abajo, y unos labradores que trabajaban allí cerca lograron sacarlo á tierra no sin dificultad. El guarda-pesca, que se había creído libre ya de su inquilino, no se acercó hasta verle en seco, temblando de frío, chorreando agua y siempre con su garrote, en las manos; Chuchín se presentó ahora hipócritamente á socorrerlo.

Al mismo tiempo salía de la estación el tren que Alejandro esperaba, y poco después se presentaba en la entrada del puente la nuera de Saltacor, vestida con ligero traje veraniego de rayas rosadas, que el viento del Sena le pegaba á las piernas. Venía de acompañar á su marido, y volvía con una señora regordeta y jadeante, que empujaba un coche de niño. — Era la Sra. de Noel.

mujer de un profesor de colegio parisiense, que había alquilado un cuarto en la Ermita para que su hijita respirara el sano olor de los bosques. Apenas divisó el traje azul del antiguo criado, la Saltacor cambió de fisonomía, y rogando á su acompañante que la esperara al pie de la cuesta, se acercó impaciente al Sr. Alejandro, que la veía llegar, inmóvil, siempre apoyado en el pretil del puente. Así se cambiaron en voz rápida y baja algunas palabras.

— El príncipe está en Granburgo... Cita en el bosque... Encina-Priora.

— Imposible... demasiado vigilada.

— ¿ El indio ?

— Sí... ¡ lo que me aburre !

En esto pasaba gente del país, proveedores de las quintas. La panadera saludó á los interlocutores desde el pescante de su carreta; el mozo del carnicero, á caballo y con una cesta de carne cruzando su delantal blanco, se volvía para sonreírles; y el Sr. Alejandro hacía como si describiera el accidente del tío Jorge, señalando con enfático gesto al cañaveral medio deshecho, y á la choza donde habían llevado al pobre viejo. « Creí que iba á ser necesario llamar la carreta de los ahogados. » Y luego muy quedo : « Mañana jueves, en el mercado de Corbeil... á las once... en casa del

joyero del pueblo... escogerán las alhajas juntos.

— No sé... no puedo prometerlo, murmuraba la muchacha, incierta y con la mirada fija en el horizonte donde la esclusa de Evry rugía como un torrente. Y añadió para que oyeran las personas cercanas : « ¡Pobre tío Jorge! una pulmonía á su edad... Saludo á V., Sr. Alejandro.

— Señora... »

Las lavanderas de al lado que, no obstante la actividad de sus manos, habían seguido con atención todo el misterio de este corto diálogo, aturdieron al pretencioso lacayo con sus invectivas cuando le vieron despedir á la Saltacor con un ligero besito volado. ¡ Ese enamorado de Alejandro! Ya no tenía bastante con la Chuchín, sino que ahora necesitaba á la Saltacor... Por lo demás era cuestión de familia : el indio pasaba por el más ilustre cabrón de la comarca y su hijo iba á sucederle. Y con esto, sacudían la ropa y reían hasta casi reventarles los corpiños.

La nuera de Saltacor, sin imaginarse que aquella música le estaba destinada, se reunió con su compañera al pie de la colina y á la vez que le ayudaba á empujar el carricoche, le proponía un paseo para el día siguiente al mercado de Corbeil. Engancharían la yegua al carricoche de un vecino.. y ella misma guiaría... un camino

delicioso por el bosque... el aire puro haría mucho provecho á la niña. « Sólo que es preciso que la idea parezca salir de V., para evitar la oposición de mi suegro. Desconfía demasiado de su nuera, como por demás de todas las mujeres, exceptuándola á V. Antes de que V. viniera, ni siquiera me permitía dar un paseo por el bosque sin mi marido... V. le dirá que tiene que hacer compras. Verá como nos divertimos. »

Si el suegro Saltacor desconfiaba demasiado, la Sra. de Noel no lo hacía bastante. Desde un mes atrás la buena mujer se prestaba de la manera más inocente del mundo á las perversas maquinaciones de Carlejo contra la mujer de su teniente. Aquel ancho y honrado rostro de ama de cría, el título de profesor en un colegio que tenía el marido, tranquilizaban al guarda hasta el punto de hacerle perder sus costumbres de sospecha y de espionaje. Las dos amigas salían solas todos los días, se llevaban la niña, unas sillas de tijera, una merienda, é iban á instalarse en el redondel de la Encina Priora, en un criadero que no estaba bajo la vigilancia del indio. Las dos mujeres hablaban, cosían, leían en alta voz el *Petit Journal*, mezclando las noticias con el rumor de los insectos en las copas de los árboles. Al cabo de una hora de inmovilidad, la Saltacor proponía pasear un

poco y acababa por dar sola una vuelta en el bosque, porque su amiga, demasiado gorda, prefería sobre todo no cambiar de sitio.

Hacia las antiguas paredes de los parques, cubiertas de malezas y cortadas acá y acullá por elevadas verjas, que rodean esta parte del pequeño Sénart, se extienden en cuanto la vista alcanza trozos de aterciopelada hierba, que las ramas bajas acarician, cuando al menor soplo del viento se mecen como hamacas bengalesas. En una de esas inmensas y misteriosas praderas, siempre en el mismo sitio y como si lo hubieran olvidado allí, estaba un enorme quitasol de seda cruda, y debajo, enteramente oculto por el objeto abierto, esperaba á la joven el hermoso Carlejo blandamente tendido sobre la alfombra de verdura. Como la entrada de la Ermita le estaba prohibida desde que el guarda lo pescó dándole un beso á su nuera, había improvisado aquel campamento de citas, verdaderamente peligroso y precario, donde sólo podían cambiarse besos furtivos, y caricias sin encanto, en medio de la prisa y del miedo. Sin duda el encuentro en el mercado proporcionaría mejor ocasión.

Cuando el carricoche de la Ermita cruzó el ancho puente de Corbeil, al día siguiente por la mañana, la pequeña ciudad, ordinariamente

silenciosa y desierta, se agitaba en el ruido y el movimiento. Agrupada en torno de su antiguo claustro, en la orilla izquierda del Sena, con los jardines extendidos á manera de terrados frente á ella, y la gradual nivelación de las perspectivas, la indicada población tiene un vago aspecto de Basilea á la altura de Munster; pero de Basilea un día de certamen regional, invadida por todas las aldeas y granjas de sus cercanías. En la plaza del mercado y en las calles inmediatas se mezclaban carros campestres de toda forma, haciendo muy difícil la circulación. La Saltacor llevó el suyo al claustro, tranquilo y solitario en el centro mismo de la ciudad, siempre fresco por el viento que forma una corriente al rededor de la antigua iglesia, y dijo á la Sra. de Noel que la esperara mientras hacía sus compras. « Si la niña se aburre entre V. en la iglesia. Allí verá un jinete de piedra hermosísimo. » Y luego corrió radiante á su cita.

El príncipe, que estaba ya allí, en un rincón del almacén lleno de compradores, elegía unos pendientes en el mostrador, conservando una silla vacía junto á la suya. Sentóse allí la muchacha y muy juntos se hablaban quedito, dando vueltas á las prendas sobre un pedacito de terciopelo negro, mientras que en torno suyo los arrenda-

tarios de Morsang que casaban á sus hijos, y que acudían en banda con todos los parientes y amigos, regateaban las alhajas de la boda con ocurrencias, risas, paraguas y sombrerazos dignos del divertido teatro parisiense del Palacio Real y de las graciosísimas comedias de Labiche. Pero los dos amantes tenían ocupación más interesante que la de oír tantas chuscadas. El indio había recibido orden de presentarse aquella noche con todo el personal del bosque para un servicio nocturno, una gran batida.

— Á las diez estaré en la Ermita. Deja abierta la ventana de tu cuarto.

— Oh, no, tengo miedo; piénselo V. bien.

— ¿Miedo de qué? Tu marido está en París, y el viejo no volverá hasta las seis de la mañana. Se trata de no dormirse, pero ni tú ni yo tenemos gana de eso. Piensa que es una noche entera, toda una noche para nosotros y por primera vez.

Le decía esto junto al cuello, en el pelo, mientras ella se probaba las nuevas alhajas. La boda acababa de marcharse. La tendera y su hermana rostros de la edad media, ásperos y verdosos, productos de una antigua raza agotada, tipo frecuente en la región, se acercaron al príncipe, saludándolo hasta el suelo y preguntándole si monseñor había escogido lo que deseaba.

— Si señora. Este aderezo completo que yo mismo vendré á buscar esta tarde.

La nuera de Saltacor se levantaba ruborosa y se disponía á salir, cuando se paró un coche delante de la tienda, que ya sombría de suyo quedó oscurecida como por la abertura repentina de una ancha vidriera encima de su escaparate. « El carruaje de la Sra. de Fénigan », dijo la joyera con tono respetuoso, aunque menos humilde que al tratarse de Carlejo. ¡ Oh teclado del comerciante, cien veces más sutil y matizado que la escala musical china!... El príncipe no se movió, no volvió el rostro, pero la expresión de su sonrisa cambió, se hizo perversa, á medida que veía adelantarse por la tienda una elegante y larga silueta de mujer.

— ¿ Está arreglado mi reloj?... Lidia no pudo acabar : una tos nerviosa, natural ó no, la sofocaba. No le había vuelto á ver desde la comedia de Monte-Carlo, la ruptura y la huída; y hete que ahora, frente á ella surge aquella hermosa figura de impudencia y mentira en el espejo empañado de un almacén. Fué una impresión rápida y múltiple, repugnancia, espanto, ira; y al mismo tiempo la alegría de no descubrir en estos diversos sentimientos ningún pesar y de saber á qué atenerse respecto de una incertidumbre que sentía

en ocasiones al preguntarse : « ¿ Qué sentiría si volviera á verle ? »

Si acaso le había amado alguna vez, podía asegurarse que todo había concluído. Y aquella Saltacor, con sus ojos como carbones encendidos y su insolencia de barrio bajo, hacía mal en mirarla con furia. Su reloj estaba arreglado; tomólo y salió sin decir una palabra. Pero su suegra le preguntó al observar su rostro descompuesto : « ¿ qué te ha pasado ? »

— ¡ Qué desdichado encuentro! murmuró Lidia al sentarse á su lado. Y en voz baja, por causa del cochero que procuraba oír, nombró á Carlejo... No hubiera debido venir á este mercado.

— Yo tengo la culpa ; pero no sales nunca y he querido hacerte tomar el aire.

— Tenía como el presentimiento de una desgracia.

La mirada de la madre se alarmó : « ¿ Una desgracia ? »

— Nada de lo que podría V. temer, tratándose de una loca como yo.... No, quiero á mi marido, y nunca amaré á nadie sino á él... pero ¿ cómo decirle que he encontrado?...

— Quédese entre nosotras. Cuando todo va tan bien, cuando Merivet nos escribe tan buenas noti-

cias... Quizás retardaríamos su cura y su regreso.

— Entonces tendré que mentir, no decirle todo según le he prometido y hecho siempre desde que está en Argelia.

Mientras hablaban, el coche iba al paso por las calles estrechas y ruidosas llenas de gente, se paraba en casa del boticario, el papelero, el tala-bartero, el fabricante de enrejados, que venían al estribo á recibir órdenes, llenando de paquetes, de botellas el pescante y el cajón del cochero ; aquella era una verdadera conversación de mujeres, profundas y sentimentales confianzas entrecortadas por detalles caseros, paradas y regateos en casa de los proveedores. Delante del pastelero, donde se paró el coche para encargar las cosas del domingo, apareció en la portezuela el juez Delerús, vestido, enguantado, con la barba y los dientes brillantes. Hacía meses que no lo veían en Uzelles ; y precisamente entraba allí para almorzar de prisa, tomar luego el tren, é ir á ver á las señoras de Fénigan, pues tenía algo muy serio, muy urgente que pedirles.

— Pues suba V. al coche, dijo la madre y venga á almorzar con nosotras ; y mientras él se instalaba muy contento frente á ellas, en medio de los paquetes, Lidia, algo cortada al encontrarse con uno de sus amigos de antaño, miraba las mesitas